COSAS DONOSTIARRAS

SAN BARTOLOMÉ

Léanse estas líneas sin cuidado y sin horror. Los hugonotes pueden discurrir tranquilos.

Siga opinando Carlos IX como quiera, y á Catalina de Médicis para nada la queremos tampoco en el transcurso del articulejo.

El San Bartolomé donostiarra no contiene analogía ninguna con el Saint-Barthelemy de París, y de Toulouse, y de Ruen, y de Bourges, y de Orleans.

La advocación de este santo es en nosotros más *dolche*, más *dulce*, más *goŝo*.

La colinita de San Bartolomé que hasta hace poco sirvió de fondo al caduco barrio de San Martín es el asunto que hoy nos toca acariciar.

Esta pequeña colina ha sido considerada como la hermana chiquita del monte Urgull.

Entre aquélla y éste se extienden los hogares, los paseos y las calles de los habitantes donostiarras.

Ayer, cuando los navíos aparecían á la vista y demandaban entrada en la Concha, el Urgull siempre alerta, delataba sin pérdida de minuto la aparición del forastero marino, exclamando por mediación de su atalaya á la vecindad que respiraba á sus pies:

—A mis espaldas aparece tal embarcación! Creo que no trae moros á bordo: decidme, puede pasar?—

Y el Urgull cumplía, poseído de su importante cargo, de la cruz a la fecha, cuanto se le ordenaba.

La colina de San Bartolomé estaba revestida de parecidas prerrogativas.

Todo bicho viviente que venía del centro había de hacer parada en el alto de San Bartolomé

Viandantes, diligencias, carromatos, caminantes de grados diversos, hacían el detente obligado en el lugar llamado Buena Vista. Allí sacudían la empolvada indumenta; las mujeres arreglaban sus correspondientes mantellinas y los galanes calaban con primosura sus chambergos con objeto de que muros adentro, fueran recibidos desde el primer instante con los honores correspondientes.

Que viene Felipe III; que vieneel IV; que viene Anjou el primer Borbón; que está Fernando el Deseado; que llega el nuevo corregidor; que el general de la plaza se aproxima etc., etc.

San Bartolomé con igual actividad advertía á su hermano mayor el Urgull, y acto seguido las baterías de éste despertaba los cañones de los cubos y cortinas de las murallas, y todos á la vez anunciaban á la jurisdicción la llegada del personaje.

El concejo con el alcalde á la cabeza ofrecía al augusto viajero, en el alto de San Bartolomé, las llaves de la ciudad, que eran presentadas sobre valiosísima bandeja de plata repujada.

El pequeño promontorio que nos ocupa debe su nombre al monasterio que sobre su cumbre existió hasta la guerra del primer Napoleón.

Para hablar de aquel «magnifico templo»—dice un benemérito donostiarra—sería menester extenderse y de él sólo se podía escribir historia separada.

Su primera fundación indudablemente era antiquísima. Prueba de ello es una bula original que se conservaba en su archivo, cuya fecha remontábase al año 12jo.

Fué fundado el convento por doña Leonor de Calvo. De ésta sólo se sabe que su cuerpo se halló incorrupto bajo las losas del claustro «y que hoy (mediados del siglo XVIII) continúa sin podrirse y no hiede.»

Otras dos ó tres monjas pertenecientes al convento de San Bartolomé *murieron también en concepto magnifico y en olor de santidad.*

Hércules Torrelli el celebrado ingeniero que tantas obras existen en

España debidas á su iniciativa, y que fué también autor de la Casa Consistorial de esta ciudad que fué arrasada en Agosto de 1813, edificó igualmente de nueva traza el Monasterio de San Bartolomé.

Según noticias era obra muy esmerada y una de las construcciones arquitectónicas más preciadas que se contaban en esta provincia.

El dórico, el corintio, el jónico, estaban magníficamente representados fuera y dentro de sus bóvedas.

Había esculturas de gran valor artístico; y *un Cristo atado á la columna* que se veneraba bajo dosel, era ponderado por los más renombrados artistas.

De las diversas pinturas, de las imágenes de bulto, de los clásicos trozos de arquitectura que formaron el valioso conjunto del celebrado monasterio no ha quedado ni el más reducido detalle.

Algo se debió conocer en 1823, pero con la visita de los cien mil hijos de San Luis y á consecuencia de la guerra de Carlos María Isidro, todo se vino á tierra; y el solar en donde se levantó la obra de Torrelli quedó tan liso como la palma de la mano.

El duque de Berwick, en 1719 emplazó varias baterias sobre el cerro de San Bartolomé, delante del convento.

Wellington repitió lo mismo el año 1813 con objeto idéntico, y en días sucesivos se desarrollaron sangrientas luchas en los terrenos de San Bartolomé, cubriéndose de cadáveres franceses, y de ingleses-portugueses aliados, las laderas de la colina donostiarra.

También en la primera guerra carlista tuvo su importante desempeño nuestro montículo.

El ilustre marino español don Vicente Tofiño, en un notabilísimo trabajo acerca de la costa Cantábrica, recomienda á los capitanes, que para ganar sin novedad el puerto donostiarra, es preciso que desde dos ó tres millas mar adentro, apunte la proa de la embarcación al monasterio de San Bartolomé.

Las caserías Charkoaga, Astiñenea, Beloka, Aldapeta, Gaineder y cuantos recuerdos del pasado existieron sobre los límites de la colina, de todo ello nada prevalece en el día.

El barrio de San Martin alto y bajo que al abrigo de San Bartolomé modestamente ha venido viviendo *en santa calma,* tampoco ha sido respetado por la inexorable orden de la reforma y como era de suponer, desapareció, es dicir, le llegó su San Martín.

Nosotros los jóvenes (que peinamos primeras canas), el último recuer-

do que guardamos de la hermana chiquita del Urgull, es el cementerio, cuya clausura se efectuó en 1879.

Claro que un cementerio no puede evocar más que tristeza. Pero lo que el de San Bartolomé nos mostró en sus últimos tiempos, es uno de esos efectos de profunda pena que dejan en el corazón inmensa huella, dolor imperecedero.

No porque la tierra de aquel solar santo cubría los restos de seres con quienes nos unieron vínculos de familia ó de íntima amistad; sino porque aquél lugar, al fin, resultó una página horrorosa de nuestras discordias fratricidas.

De mí sé decir, que entonces no había completado el segundo lustro de la vida. Era niño.

Aquello lo veo como en penumbras: muchas cruces pintadas de negro, muchas, sin orden, apiñadas, cuyos brazos abiertos y cubiertos de inscripciones, parecían decir al transeunte:—Tú! vivo! léenos! léenos! y no nos olvides!—

Y hoy de ese recuerdo de San Bartolomé sólo me acusa la memoria, detalles incompletos, fragmentos horrorosos, vestigios y signos que con esfuerzo no consigo descifrar más que lo que á continuación consigno:—Aquí yace don Fulano de Tal, coronel del Regimiento... muerto el día... de 1874.—Aquí yace el soldado del Regimiento de Puerto Rico don Fulano de Tal, condecorado con la cruz de San Fernando, muerto en los campos de Loyola.—Aquí yace el capitán de miqueletes don Juan José Arrieta (Shastria), muerto á consecuencia de las heridas recibidas en los campos de Oikina.—Aquí yace el teniente del Regimiento de Luchana don Fulano de Tal, muerto gloriosamente en los campos de Arratzain.—Aquí descansa el valeroso coronel del Regimiento del Rey, muerto heróicamente en los campos de...—Aquí reposan los restos mortales del comandante Osta, muerto al frente de sus fuerzas en el puente de Usurbil.—Aquí yace el sargento de miqueletes Bodin, muerto gloriosamente en los campos de Hernani.—Aquí yace don Fulano de Tal, muerto gloriosamente en el ataque de Choritokieta.—Aquí yace la señora doña Cándida Pola de Arruti, víctima de la guerra civil.—Aquí yace el teniente de Luchana don Justo Bullón y Ganvon, muerto gloriosamente en la última acción de Choritokieta.....!!

Pero había más, muchos más, ignorados, enterrados en montón, en zanja general, abrazados, confundidos, cientos y cientos.

Todo pasó. Ya nada existe. De San Bartolomé desaparecieron su

célebre monasterio, los fuertes, el cementerio, las casas solares que circundaron la colina, en fin de todo lo que en estas líneas hemos traido á cuento no ha quedado más que el nombre.

El convento de monjas, el hospital militar, el colegio marista, cuanto hoy existe lo hemos visto hacer.

La villa Luisacho que se levanta en la primera falda de San Bartolomé no nos es posible dejarla en silencio. Nos inspira afecto, porque en ella murió el entusiasta donostiarra Miguel de Ostolaza, autor de varios trabajos literarios de índole local, notables por muchos conceptos, y por el depurado gusto y por el más puro carácter y sabor que imprimió á todos sus escritos.

También le cupo el honor al monte de San Bartolomé de que, juntito á él, le hiciera compañía buena parte de los años, el más donostiarra, el donostiarra más donosti, el clásico, el que jamás se olvidó de Donostia: Siro Alcain.